

# MITOS DEL FUTURO PRÓXIMO

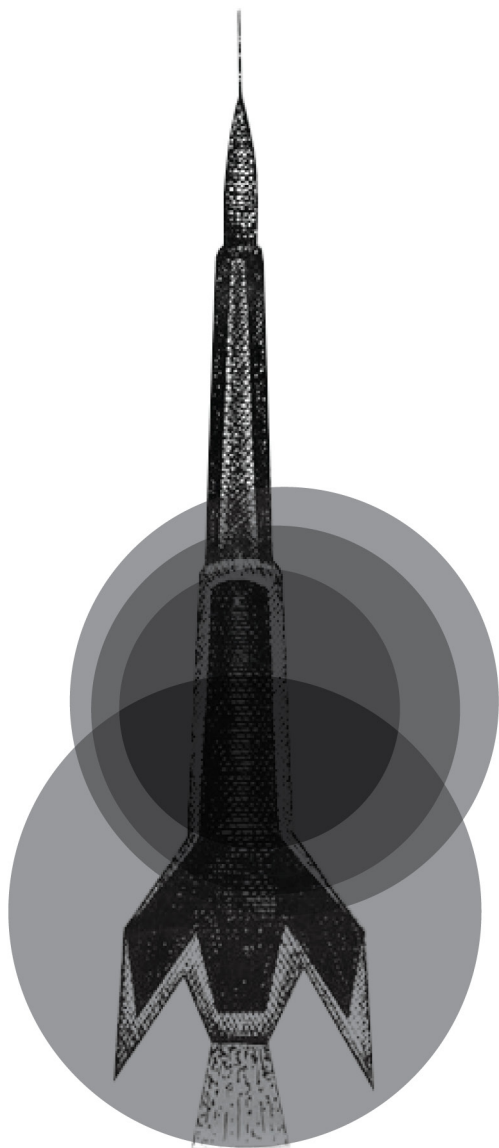
J. G. BALLARD

---





# ***MITOS DEL FUTURO PROXIMO***



Título original: Myths of the Near Future

Traducción: Marcial Souto

© 1982 by J.G. Ballard

© 1979 Ediciones Minotauro S.A.

Rambla de Catalunya 62 - Barcelona

ISBN: 84 450 7088-6

Redesign: Maria Figueiredo

749283

Politecnico di Milano, 2010

# **INTRODUCCIÓN**

Con la aproximación del año 2000, liberando un torrente de esperanzas y temores milenaristas, estoy seguro de que el futuro volverá a desempeñar un papel dominante en nuestras vidas.

Lamentablemente, en algún momento de la década de 1960 nuestro sentido del futuro pareció encogerse y morir. El exceso de población y la amenaza de guerra nuclear, las preocupaciones ecologistas de nuestro planeta devastado y malestar en una ciencia hace que todos temen el futuro...

Sin embargo, puedo recordar cuando la gente en todo el mundo estaban muy interesadas en el futuro, y convencido de que cambiará sus vidas para mejor. En los años después de la Segunda Guerra Mundial, el futuro era el aire que respira todo el mundo. Mirando hacia atrás, podemos ver que el anteproyecto del mundo en que vivimos hoy en día se está elaborando a continuación - la televisión y la sociedad de consumo, ordenadores, viajes en jet y el más reciente de drogas transformado nuestras vidas y nos dio un sentido fuerte del siglo 20 podría hacer por nosotros una vez que nos liberamos de la guerra y la depresión económica.

En muchos sentidos, todos nos norteamericanos, dando la espalda al pasado y confío en que podemos dar forma a nuestro mundo, en cualquier forma deseado, el sueño de cualquier sueño y ver que vienen a la vida. Por el momento, el futuro era mejor clave para el presente que era el pasado.

Todo esto había terminado la década de 1970, aunque algu-

nos románticos, como yo sigo creyendo que nuestro sentido del futuro se mantiene intacto, un reino sumergido de esperanzas y sueños que se encuentra debajo de la superficie de nuestras mentes, dispuesto a despertar de nuevo como uno cierra milenio y comienza la siguiente.

# ÍNDICE

Mitos del futuro próximo	8
Días maravillosos	33
Una hueste de fantasías furibundas	42
Zodiaco 2000	
Noticias del sol	
Teatro de guerra	
El tiempo de los muertos	
La sonrisa	
La arquitectura de los moteles	
Unidad de cuidados intensivos	



# MITOS DEL FUTURO PROXIMO

Al anochecer Sheppard seguía sentado en la cabina del avión varado, indiferente a la marea vespertina que avanzaba por la playa hacia él. Las primeras olas ya habían llegado a las ruedas del Cessna, arrojando contra el fuselaje aguijones de espuma. Infatigables, las aguas nocturnas regaban con efervescencia luminosa la costa de la Florida, como tratando de despertar a los moradores espectrales de los bares y los moteles abandonados. Pero Sheppard estaba tranquilamente sentado ante los mandos del aparato, pensando en su mujer muerta y en todas las piscinas secas de Cocoa Beach, y en el extraño club nocturno que había vislumbrado esa tarde a través del dosel del bosque que cubría ahora el viejo Centro Espacial. En parte casino de Las Vegas con la llamativa fachada de neón, en parte Petit Trianon — un elegante frontón clásico sostenía el techo de cromo —, el club nocturno se había materializado de repente entre las palmeras y los robles tropicales, más irreal que cualquier estudio cinematográfico. Mientras volaba por encima, a sólo veinte metros del techo espejado, Sheppard casi había esperado ver a la mismísima María Antonieta con un vestido Pepita de Oro, haciendo de lechera ante un público de caimanes inquietos.

Antes del divorcio, curiosamente, Elaine siempre había disfrutado de las expediciones de fin de semana que hacían

desde Toronto hasta Algonquin Park, llevando una orgullosa vida silvestre en el lujo cromado de la casa rodante, tan incongruente entre los pinos y los abedules plateados como ese fragmento moderno de un Versailles de neón. Sin embargo, la escena del fantástico club nocturno oculto en el fondo de los bosques de Cabo Kennedy, y la curiosa conducta de sus ocupantes, convencieron a Sheppard de que Elaine estaba aún con vida, y muy probablemente prisionera de Philip Martinsen.

El club nocturno de cromo, construido hacía tal vez unos treinta años por algún ejecutivo de Disneylandia con mentalidad clásica, excitaría el sentido de lo absurdo del joven neurocirujano: un clímax de apropiado mal gusto para los desafortunados sucesos que los habían juntado en los bosques sombríos de la península de la Florida.

Pero Martinsen era tan retorcido que podía haber elegido el club nocturno deliberadamente, como parte de su estudiado esfuerzo para atraer a Sheppard al aire libre. Hacía semanas que rondaba los moteles abandonados de Cocoa Beach, remontando cometas y planeadores, ansioso por hablar con Sheppard pero temeroso de acercarse a él. Desde la seguridad de su dormitorio oscurecido en el Starlight Motel - un grupo de cabañas polvorientas en la costanera - Sheppard lo miraba por una rendija en las persianas dobles. Martinsen esperaba todos los días a que Sheppard apareciese, pero siempre se cuidaba de que hubiese entre ambos una piscina vacía.

Al principio esa obsesión del joven doctor por los pájaros había irritado a Sheppard: todo, desde las cometas - cóndores de cartón hasta las interminables palomas de Picasso

dibujadas con tiza en las puertas de las cabañas mientras Sheppard dormía. Incluso ahora, mientras estaba en la playa, en el Cessna lamido por las olas, veía el perfil de una cabeza de serpiente grabado en la arena húmeda, parte de un enorme pájaro azteca sobre el que había aterrizado hacía una hora.

Los pájaros... Elaine se había referido a ellos en la última de sus cartas desde la Florida, pero esas eran criaturas que volaban dentro de su propia cabeza, mucho más exóticas que cualquier invento de un neurocirujano, quimeras emplumadas y enjoyadas salidas de los paraísos de Gustave Moreau. No obstante, Sheppard había terminado mordiendo el anzuelo, aceptando que Martinsen quería hablar con él, y en sus propios términos. Se obligó a salir del motel, ocultándose detrás de los anteojos de sol más grandes que encontró entre los cientos que cubrían el suelo de la piscina, y fue en auto hasta el aeropuerto de Titusville.

Durante una hora voló en el Cessna alquilado por encima del dosel del bosque, explorando todo Cabo Kennedy en busca de señales de Martinsen y de sus cometas.

Tentado de regresar, voló de un lado a otro por encima de la abandonada zona espacial, tan perturbadora con esas inmensas rampas que no conducían a ningún cielo imaginable, y las plataformas oxidadas como otras tantas muertes apuntaladas dentro de féretros andrajosos. Allí en Cabo Kennedy había muerto una pequeña parte del espacio. Una potente luz esmeralda atravesaba el bosque, como si hubieran encendido un inmenso farol en el corazón del Centro Espacial.

Esa aureola sonora, tal vez la fosforescencia de algún extraño



un camión abandonado, pero Martinsen ya no estaba.

En todas partes había signos de pájaros, dibujados con tiza en las cercas y los troncos de los árboles, centenares de figuras que formaban una pajarera amenazante, como si Martinsen estuviese tratando de intimidar a los moradores originales del bosque y echarlos del Cabo. Sheppard se sentó en el estribo del camión, sosteniendo entre los dedos el extremo roto del cable de la cometa.

¿Por qué usaría Martinsen esas alas ridículas, tratando de convertirse en un ave? Hasta había construido, al final del camino, una tosca trampa para pájaros, suficientemente grande como para encerrar a un cóndor, o a un pequeño hombre alado, una jaula del tamaño de un cobertizo de jardín levantado de un lado con varas de bambú.

Protegiéndose los ojos del resplandor, Sheppard subió a la tapa del motor y trató de orientarse. Había entrado en una parte desconocida de Cocoa Beach, un laberinto de calles invadidas por el bosque. Se había internado bastante en esa zona de luz vibrante que había visto desde el Cessna, el velado farol que parecía expandirse desde el Centro Espacial, iluminando todo lo que tocaba. La luz era más intensa pero más sonora, como si cada hoja fuera la ventana de un horno. Frente a él, en la hilera de bares y tiendas ruinosos, había una curiosa lavandería automática. Apretada entre un maltrecho bazar y una cafetería abandonada, parecía un templo en miniatura, con un techo de tejas doradas, puertas cromadas y ventanas de vidrios delicadamente grabados. Una intensa luz interior bañaba toda la estructura, que parecía una gruta iluminada por lámparas en una calle de santuarios.

hongo de las hojas y de las ramas, se propagaba hacia afuera, y había llegado ya a las calles del norte de Cocoa Beach y atravesado el Indian River hasta Titusville. Incluso los destartados negocios y casas vibraban con esa misma luz excesiva.

A su alrededor los vientos brillantes eran como las quijadas abiertas de un pájaro de cristal, entre cuyos dientes fulguraba la luz. Sheppard se aferró a la seguridad del dosel del bosque, ladeando el Cessna entre las enormes bandadas de flamencos y oropéndolas que se dispersaban a su paso. En Titusville un patrullero oficial bajaba por uno de los pocos tramos de calle despejada, pero nadie más se sentía tentado de salir de la casa: los pocos habitantes descansaban en los dormitorios mientras el bosque subía por la península de la Florida y los cercaba.

Entonces, casi en la sombra de la plataforma de Apolo 12, Sheppard había visto el club nocturno. Sobresaltado por la fachada de neón, redujo la velocidad del Cessna. Las ruedas rasparon las frondas de las palmeras mientras daba un impulso salvador a la máquina e iniciaba una segunda vuelta.

El club nocturno estaba en un claro del bosque a orillas de un estuario poco profundo del Banana River, cerca de un ruinoso fortín al final de una pista de cemento. El bosque empujaba hacia el club nocturno desde tres lados, una brillante pajarera de pericos y guacamayos, el paraíso de fin de semana de un magnate desaparecido hacía mucho tiempo.

Mientras los pájaros pasaban como balas por delante del parabrisas, Sheppard vio a dos figuras que corrían hacia el bosque, una mujer calva vestida con el sudario gris de la túnica de un hospital seguida por un hombre conocido de tez oscura

y el paso firme de un guardián de una cárcel privada.

A pesar de la edad, la mujer se movía ágilmente, y casi parecía que estaba tratando de volar. Aturdida por el ruido del Cessna, envió con las manos blancas una señal distraída a los espantados guacamayos, como si esperara que le prestasen ese plumaje fantástico para cubrirse la piel desnuda del cráneo.

Tratando de reconocer a su mujer en esa figura trastornada, Sheppard giró iniciando otra vuelta, y perdió el rumbo en el laberinto de estuarios y calzadas de cemento que asomaban por debajo del dosel del bosque. Cuando volvió a encontrar el club nocturno redujo la velocidad y se elevó por encima de los árboles, sólo para encontrar el camino bloqueado por una máquina voladora de propulsión a pedal que se había alzado en el aire desde el claro del bosque.

Con el doble del tamaño del Cessna, esa crujiente armazón de película plástica y alambre de piano se balanceaba a derecha e izquierda delante de Sheppard, haciendo todo lo posible por distraerlo. Encandilado por su propia hélice, Sheppard ladeó el aeroplano y se adelantó al planeador, y entrevió por última vez al barbinegro Martinsen pedaleando muy resuelto dentro de esa envoltura transparente, un pez desesperado suspendido del cielo. Entonces, al exceder el Cessna la corriente de aire producida por la hélice, la rama de un roble del bosque le cortó el fuselaje. Las afiladas astas rasgaron el ala de estribor y arrancaron la puerta del acompañante. Aturdido por el aire rugiente, con esfuerzo, Sheppard llevó el aparato de vuelta a Cocoa Beach, y lo hizo aterrizar pesadamente en la arena húmeda dentro del diagrama de la inmensa ave de rapiña que Martinsen había grabado para él esa mañana.



# DÍAS MARAVILLOSOS

*JULIO 3, 1985, Hotel Imperial,  
Playa Inglaterra,  
Las Palmas*

Llegamos hace una hora, después de un vuelo asombroso. Por alguna razón misteriosa el ordenador de Gatwick nos otorgó asientos de primera clase, a nosotros y a una asustada dentista de Bristol, a su marido y a sus tres niños. Richard, siempre temeroso de volar, se aprovechó ampliamente del champagne gratuito, y antes que las ruedas dejaran la pista ya estaba a diez kilómetros de altura. He señalado con una cruz nuestro balcón en el piso veintisiete. Este es un sitio extraordinario, a unos treinta kilómetros al sur de Las Palmas y sobre la costa, un complejo turístico flamante con todos los entretenimientos imaginables, que se pueden concertar con sólo apretar el botón que está al lado de la cama. ¡Ahora mismo voy a pedir una hora de esquí acuático, seguida de masajes suecos y peluquero! Diana.

*JULIO 10, Hotel Imperial*

¡Una semana increíble! Nunca había vivido tanta excitación en tan pocos días: tenis, buceo, esquí acuático, fiestas y fiestas. Todas las noches salimos en grupo a las boites y a los cabarets de la playa, y terminamos en uno de los cinco clubes

nocturnos del hotel. Casi no he visto a Richard. El apuesto caballero de la foto es lo que llaman el Animador de la Playa, un hombre extremadamente inteligente que ha sido experto en relaciones públicas y abandonó todo eso hace dos años y desde entonces está aquí. Esta tarde me enseñará a practicar aladeltismo. ¡Deséame un feliz aterrizaje! Diana.

### *JULIO 17, Hotel Imperial*

Los tiempos de arena se acaban. Sentada aquí en el balcón, mirando cómo Richard esquiá con paracaídas en la bahía, me cuesta pensar que mañana estaremos en Exeter. Richard jura que de lo primero que se ocupará será de hacer la reserva para las próximas vacaciones. Verdaderamente, esto ha sido un acierto asombroso: quién sabe cómo se las arreglan con lo que cobran; se habla de una subvención del gobierno español. En cierto modo todo se debe a la organización, tan discreta y sofisticada: nada de Butlins, aunque está en manos de ingleses y todos nosotros, curiosamente, venimos del sureste de Londres. ¿Te das cuenta de que Richard y yo hemos estado tan ocupados que en ningún momento nos hemos molestado en visitar Las Palmas? (Noticia de último momento: ¡Mark Hastings, el Animador de la Playa, acaba de mandar orquídeas a la habitación!) Mañana te hablaré de él, y te contaré todo. Diana.

### *JULIO 18, Hotel Imperial*

¡Sorpresa! Otra vez ese ordenador. Aparentemente ha habido

un lío en la terminal de Gatwick, y nuestro avión, con suerte, no estará aquí antes de mañana. Richard anda bastante preocupado por no haber podido llegar hoy a la oficina. Se nos han acabado los últimos cheques de viajero pero por fortuna la gente del hotel se ha portado maravillosamente, gracias en gran medida a los buenos oficios de Mark. No sólo no nos cobrarán recargo sino que el conserje nos ha dicho que nos podrán adelantar encantados todo el dinero que necesitemos. Qué te parece... Igual es una pequeña desilusión. Esta tarde, por primera vez, caminamos juntos por la playa. No me había dado cuenta del tamaño de este complejo turístico: se extiende kilómetros y kilómetros por la costa, y la mitad está todavía en construcción. Por todas partes llegaba del aeropuerto, en autobuses, gente de Sheffield y Manchester y Birmingham; a la media hora nadaban y esquiaban, descansando en el borde de cientos de piscinas con sus Camparis comprados en el avión. Verlos desde afuera, como quien dice, es bastante extraño. Diana.

### *JULIO 25, Hotel Imperial*

Todavía seguimos aquí. El cielo está repleto de aviones que vienen de Gatwick y de Heathrow, pero aparentemente ninguno es el nuestro. Hemos esperado todas las mañanas en la recepción con las maletas preparadas, pero el autobús del aeropuerto no llega nunca. Después de aproximadamente una hora el conserje nos anuncia que el vuelo ha sido postergado y nos resignamos a otro día de piscina, tragos y esquí acuático a cargo del hotel. Los primeros días fue bastante



# **UNA HUESTE DE FANTASIAS FURIBUNDAS**

No mires ahora, pero detrás de nosotros están sentados una joven extraña y su compañero, un hombre mayor. Todos los jueves por la tarde salen del casino y vienen aquí al café del Hotel de París, y escogen las mismas dos mesas cerca del quiosco de revistas. Si te inclinas hacia adelante podrás verla a ella en el espejo, la muchacha alta y elegante de mirada imperturbable y ese andar característico de las jóvenes ricas que han sido criadas por monjas.

El hombre está detrás, ese sujeto de aspecto ruinoso y cara que alguna vez fue atractiva, por lo menos veinte años mayor que ella, aunque quizá te parezcan treinta. Lleva el mismo traje gris y la misma corbata plateada, caros pero inadecuados, como si acabaran de dejarlo salir de una clínica para asistir a una boda. Sus ojos siguen a las secretarias que vuelven del almuerzo, evidentemente soñando con una fuga.

Si uno observa su mirada triste, en la que no falta cierta dignidad, sólo puede llegar a la conclusión de que Montecarlo es un tipo especial de cárcel.

¿Ahora los has visto? Entonces coincidirás en que cuesta creer que esos dos estén casados, y hayan incluso alcanzado una unión estable, aunque bastante especial y gobernada por una serie de rituales complejos. Una vez a la semana ella lo lleva de Vence a Montecarlo en la limousine, ese Cadillac dorado

estacionado del otro lado de la plaza. Después de media hora salen del Casino, donde él ha jugado a la ruleta los pocos francos que le han dado. En el quiosco de este café ella le compra siempre la misma revista barata, una de esas horribles publicaciones sensacionalistas sobre criadas y sus Príncipes Azules, y luego, sentados en mesas separadas, ella se queda sorbiendo su limón exprimido. Mientras tanto él devora la revista como un niño. Los ademanes de ella son el epítome de una tranquila seguridad interior, de la más vigorosa salud mental. Pero hace sólo cinco años, como médico responsable de su caso, la vi de una manera muy diferente. En verdad, es casi inconcebible que ésta sea la misma joven que conocí en el hospicio de Nuestra Señora de Lourdes, en un estado de completa degeneración mental. Que yo pudiese curarla después que tantos otros fracasaron lo atribuyo a un extraordinario trabajo de detección psiquiátrica, del tipo que yo generalmente desapruébo. Pero por desgracia ese éxito tuvo un precio, que pagó cien veces el viejo triste de poco más de cuarenta y cinco años que se babea mirando una revista barata unas pocas mesas detrás de nosotros.



***Una magnífica colección variada de cuentos  
que muestran J. G. Ballard en su mejor.***

